

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 163.

Alicante 10 de Enero de 1874.

Año V.

EL CATOLICISMO Y LAS CIENCIAS.

I.

Fueron los Apóstoles hombres rudos y sin letras; pero confesamos altamente que el Espíritu Santo les inspiró é ilustró lo suficiente, para que los enviados por Dios; hiciesen que los pueblos adorasen á Jesucristo. Entre los adictos al crucificado Dios y hombre, recordamos la sabiduría de Dionisio Areopagita, Clemente Alejandrino, Justino, Taciano, Ireneo, Quadrado, Aréstides, Orígenes, Tertuliano y otros, los que florecieron en los tres primeros siglos de la Iglesia. Después de los Apóstoles y á pesar de tantos milagros y mártires, la divina Providencia suscitó la conversion de grandes filósofos, que formaron parte de las fuerzas de la Iglesia. Al lado de la filosofía brilló la elocuencia en varones doctísimos, de los que se gloriaba San Gerónimo al desvanecer las calumnias de Celso, Porfirio y Juliano. Ya desde los primeros siglos aparecieron aquellos á quienes llamamos Padres de la Iglesia.

Su figura es superior á la que

nos representan Alejandro, César y Napoleon; estos conquistaron naciones, usurparon muchos cetros y se apoderaron de muchos tesoros. Los santos Padres salieron del Egipto de las ciencias y atesoraron muchas riquezas de sabiduría, en cuya comparacion el oro es un poco de arena y la plata es como lodo delante de ella. Los santos Padres fueron hombres de mucha penitencia y que trabajaban en gran manera por dominar las pasiones, obstáculos de la verdadera sabiduría; y el que tal hace es superior al conquistador de ciudades, segun las Escrituras (Prov. XXI, v. 32). Los santos Padres, venciendo á sí mismos, lograron victorias mayores que las conquistas de los reyes.

Los doctores de la Iglesia estaban poseidos de esa ciencia divina que dá sagacidad y fuerza, y que á la vez aguza y dilata el ingenio; acostumbrados á hablar con Dios y á ejercitarse en las debidas especulaciones, su razon era entendida y vigorosa, y su juicio muy sano, poseyendo á la vez muy buen sentido. Prácticos en la oracion, era grande y notable la sabiduría que adquirian por su trato y comunica-

cion con Dios. Su influencia en la sociedad siempre fué muy grande por los muchos y notables escritos que dejaron. A pesar de los esfuerzos de las sectas heréticas, supieron conservar las antiguas tradiciones católicas. Si no siempre lograron extirpar la inercia moral de los pueblos, de vez en cuando sus obras produjeron saludables reacciones. Sus nombres han sido muy respetados, como lo prueban los excelentes títulos con los que la Iglesia les honró y el profundo respeto religioso que los fieles les han mostrado. En sus respectivos siglos fueron lo que el mundo presentaba de mayor ingenio y de mas profundo saber. Sin las corrupciones de la ambicion, de la avaricia y demás deseos desordenados, no tenían cosa que les torciese y apartase de la verdad, que era lo que mas estimaban; sus almas puras y libres de toda malicia, eran como los espejos limpios, en donde con mas claridad reflejaban los rayos de la luz espiritual de la verdad. Eran eminentes en santidad, y á estos es á quienes Dios mas se comunica con sus luces y sabiduría. Por lo cual dijo el Eclesiástico, XXXVII, 18: «El alma del varon santo descubre algunas veces la verdad, mejor que siete centinelas que están en alto para atalayar.»

Debemos entero crédito á los santos Padres, al menos por dos motivos, á saber; porque fueron muy sábios y porque fueron virtuosos: como sábios, suponemos que no

podian ser engañados, y como virtuosos que no quisieron engañar; y poseyendo además una fortaleza heróica, la esposicion de sus teorías no era debida al miedo ni á la lisonja.

Dígannos esos filósofos racionalistas, dónde están sus obras, que sean superiores á la Suma Teológica de Sto. Tomás y á la Ciudad de Dios de S. Agustin; dónde están sus oradores que superen á Bossuet, Fenelon, Bortaloue; donde están sus poetas que escedan á Dante y á Calderon.

Si en los escritos de los sabios hijos de la Iglesia se encuentran las ideas sublimes y los sentimientos magnánimos, percíbense esos afectos suaves y deliciosos, reflejos de esa luz divina que iluminaba á los escritores católicos.

Estos son los que tenían mas clara vision de la verdad por su desapego de las cosas sensibles. Estos son los que estudiando y conociéndose á sí mismos, estudiaban y conocian á la sociedad: estos son los que mejor penetraban en las maravillas de la naturaleza y mejor contemplaban á la sociedad en sus vanidades. En sus escritos aparecen los medios de corregirse el individuo y las maneras de elevarse á Dios; en sus escritos hállanse profundos conocimientos del corazon humano, rasgos de profunda moral cristiana; leyéndolos nos leemos á nosotros mismos, y la voz de la conciencia aparece reflejada en sus obras. Ellas forman un tesoro pú-

blico el mas precioso de la sociedad; siendo á la vez el consejero mas libre é imparcial, no hay virtud que deje de ser aconsejada, ni vicio que no sea reprendido. En una palabra, es imposible numerar los muchísimos individuos que por sus lecturas se han convertido á Dios

Deseando que tales y tan respetables escritores tengan sus imitadores en nuestros días, intentamos proponer algunas observaciones para desviar los obstáculos que los escritores racionalistas opusieran.

Diremos, en primer lugar, que es errado el camino y tortuosa la senda que siguen esos escritores, al hablar con desprecio de las verdades de la fé, ya presentando á estas como enemigas de la razon, ya porque al fijar las relaciones ortodoxas de la ciencia con la fé, quieren adaptar la revelacion ó la fé á las ciencias, en vez de subordinar las ciencias á la fé.

A los que dijeron que la razon y la fé se oponen, á los que admitieron que una cosa puede ser falsa en Teología y verdadera en Filosofía y vice-versa, les diremos que Dios es el autor de la fé y de la razon, y que no puede engañarse ni engañarnos por ser verdad por esencia; por consiguiente, no puede hacer que una cosa sea verdad segun la razon y falsa segun la fé y vice-versa.

La ciencia de esos hombres que han pretendido subordinar la revelacion á la ciencia ó la fé á la razon desaparece como la sombra, sus

ideas de orgullo se desvanecen; pues es la revelacion una esplendorosa verdad, ante la cual se derriten como la cera junto al fuego, las opiniones todas que no han podido soportar su vivo y molesto brillo.

Por medio de la revelacion enriquecense los espíritus con una porcion de verdades; por medio de la revelacion líbrase la inteligencia del escepticismo y del desaliento; por medio de la revelacion tiene el espíritu una base fija de donde partir con seguridad, y á la cual puede volver; la fé nos preserva de los extravíos intelectuales y nos es poderosa palianca con la que multiplicamos nuestras fuerzas: en fin, por la íntima union que la fé establece entre el alma y el autor de su ser, recíbese un principio de vida, que es para el espíritu lo que este para el cuerpo.

Las ciencias deben ser retocadas, revisadas y animadas por el elemento religioso, por las verdades de la fé, las que preservan de la corrupcion á los conocimientos científicos, pues que, segun Bacon, la fé es el aroma de las ciencias. *Fides est scientiarum aroma.*

El auxilio que se prestan tanto la razon como la fé es mútuo, pues que la razon es la que demuestra los fundamentos de la fé y la fé es la que protege á la razon contra los errores; además, la historia nos dice que el Catolicismo altamente promovió y promueve las ciencias y las artes.

El siglo de Leon X comparable al de César Augusto, vió en escultura á Buonarroti, en arquitectura á Bramante, en pintura á Rafael y á Corregio. El Catolicismo fué el que cubrió á la Europa de universidades. La universidad de Tubinga en 1477; la de Maguncia en 1482, la Wutemberg en 1502, la de Francfort en 1506; todas estas fueron cultivadoras de la Filosofia, Jurisprudencia y de las ciencias naturales, siendo célebres las de Paris, Boloña, Lovaina y Padua; y disputándose la primacía Roma, Florencia, Urbino y Ferrara. Y qué diré de los descubrimientos? Un católico descubrió las Américas y otro católico inventó la imprenta, un monge la pólvora y el telescopio, un obispo las bombas, un diácono la brújula y un papa la máquina del reloj: y al citar á Jimenez, Alberoni, Richelieu, Mazarino y Fleuri, recuérdanse los mas grandes ministros de la Europa moderna.

En la edad media, en esos siglos tan calumniados, los artistas glorificaron á Dios, los sábios le reconocieron y los caritativos le adoraron. Los artistas construyendoesas magníficas catedrales, en las que se admira tanta magestad, tanta belleza, tanta grandeza, tanta gracia junta con una hermosura tan peregrina: todo esto se admira al visitar á Colonia, Strasburgo, Friburgo, en Alemania; á Búrgos y Toledo en España; á Chartres, Reims, Auxerre, Amiens y Beauvais en Francia; á Santa Gudula de Bruselas y la

Iglesia de las Damas en Bélgica; á Salisburi, el coro de Ely, la nave de Durhan y la abadia de Westminster en Inglaterra: todo esto y mucho mas hizo la humildad y la fé de aquellos tiempos.

En la edad media, los sábios que reconocieron á Dios y que á la vez fueron las lumbreras que disiparon las tinieblas mas densas, fueron sin duda alguna Beda, Alcuino, San Anselmo, Lanfranco, Alberto Magno, Ales, Escoto, Santo Tomás, San Buenaventura, etc. Y en nuestros tiempos se ha visto á un Cavanilles gran botánico, á un Bálmes gran filósofo, á Mezofante, sabiendo cuarenta y tres idiomas y al P. Sechi, famoso astrónomo.

Al que dijere que el Catolicismo no ama las ciencias le diré que está escrito; «porque tu desechaste las ciencias, yo te desecharé para que no desempeñes el ministerio de un gran sacerdote. Hijo, desde tu primera edad ama ser instruido y te adquirirás una sabiduría que durará hasta la vejez. Ama la sabiduría mas que la salud y hermosura, y propon tenerla como luz que te esclarezca» (Sab. VII, v. 10). Y despues de todos los textos de la Sagrada Escritura, aduciremos algunas autoridades de los Padres. Orígenes contra Celso dijo que se ve á la Religion Cristiana convidar y estimular á los hombres al estudio; posteriormente escribió San Agustin, «amad las ciencias pero preferid la caridad;» y San Bernardo afirmó que el estudio de las ciencias humanas era

bueno; y ¿cómo la Iglesia ha de oponerse á las ciencias, cuando, segun Bacon, por una parte contribuyen á la exaltacion de la gloria de Dios, y por otra ofrecen un preservativo excelente contra la incredulidad y el error?

Joaquin Millá.

EN LA ADORACION DEL NIÑO JESUS.

Los Magos al adorarte
Dánte mirra, incienso y oro;
Yo no tengo mas tesoro
Que mi corazon que darte.

Corderos como el armiño
Y dulce miel, los pastores
Te ofrecen; yo solo flores
De amor hoy te ofrezco, Niño.

De mieles, oro é incienso
Al par, el misero don
Recibe de un corazon
Que amor te profesa inmenso.

Cual oro, incienso y miel, es
Pura, suave y dulce ¡oh Niño!
La ofrenda de su cariño
Que deposito á tus pies.

Acógela con amor,
Mi guia siendo y sosten,
Brillante sol de Belen,
En el mundo engañador.

Déjame ¡oh bien que adoro!
Con los Magos adorarte,

Y entre su incienso y su oro,
Mi alma darte, que es tesoro
El mayor que puedo darte.

M. S. Ll.

CARTA ENCÍCLICA

DE

NUESTRO SANTISIMO PADRE PIO

por la Divina Providencia

PAPA IX,

á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios locales que están en gracia y comunión con la Sede Apostólica.

(CONCLUSION.)

Esta es la causa porque el Santo mártir Cipriano hablando del cismático pseudo-obispo Novaciano, le negó el nombre de *cristiano*, como á separado y cortado de la Iglesia de Cristo. «Quien quiera que él sea, dice, y cualquiera su clase, no es cristiano el que no está en la Iglesia de Cristo. Por más que se jacte y publique á grandes voces su filosofía y elocuencia, el que no ha conservado la caridad fraterna ni la eclesiástica unidad, aun lo que fué primero ha perdido. Siendo por institucion de Cristo una la Iglesia esparcida por todo el mundo en muchos miembros, y uno tambien el Episcopado difundido en la concorde y numerosa multitud de Obispos, él despues de esta divina enseñanza, despues de la exstricta y en todas partes conexa unidad de la Iglesia católica, in-

tenta hacer humana la Iglesia. Quien, pues, ni guarda la unidad de espíritu, ni la union de paz, y se separa del vínculo de la Iglesia y del gremio de los sacerdotes, ni puede tener la potestad de Obispo ni el honor, puesto que no quiso conservar la unidad del Episcopado ni la paz» (1)

Nos, pues, que hemos sido constituido, aunque sin merecerlo, en esta suprema Cátedra de Pedro para custodia de la fé católica y para conservar y defender la unidad de la Iglesia universal, siguiendo el ejemplo de nuestros predecesores y la práctica de las sagradas leyes, con la potestad que hemos recibido del cielo, no solamente declaramos, rechazamos y detestamos por ilícita, vana y del todo nula la eleccion del mencionado José Huberto Rein Kens, hecha contra los decretos de los sagrados Cánones, y por sacrilega su consagracion, sino que al mismo José Huberto, á los que han cometido el atentado de elegirle, á los que han cooperado á la sacrilega consagracion, á los que se les hayan adherido, y siguiendo su partido les hayan prestado socorro, favor, auxilio ó consentimiento, á todos ellos, con la autoridad de Dios Omnipotente, los excomulgamos y anatematizamos, y los declaramos, publicamos y mandamos sean tenidos por segregados de la comunión de la Iglesia y en el número de aquellos cuyo trato y compañía de tal suerte prohibió el Apóstol á los fieles de Cristo, que les mandó expresamente que no los saludasen (2).

(1) San Cipriano contra Novaciano, ep. 52, á los Antonian.

(2) San Juan, segunda carta, vers. 10.

Por lo que, más bien deplorando que refiriendo, hemos tocado, conoceis bastante, Venerables Hermanos, cuán triste sea y llena de peligros la situación de los católicos en las regiones de Europa que hemos indicado. Y no van las cosas mejor ni los tiempos son más tranquilos en América, cuyos países son algunos tan contrarios á los católicos, que sus Gobiernos parece niegan con hechos la fé católica que profesan. Pues allí, hace algunos años, ha comenzado á moverse una crudísima guerra contra la Iglesia y sus instituciones, y contra los derechos de esta Sede Apostólica. Si hubiéramos de proseguir hablando de estas cosas, no acabaría nuestro discurso; mas como por su gravedad no pueden tocarse ligeramente, trataremos de ellas en otro tiempo con mayor extension.

Quizá se admire alguno de vosotros, Venerables Hermanos, de que sea tan general la guerra que en nuestros días se hace á la Iglesia católica. Pero cualquiera que conozca bien la índole, tendencias y propósito de las sectas, ya se llamen masónicas, ya se distinguan con otro nombre, y las compare con la índole, razón y amplitud de la contienda con que es contrariada casi en todas partes la Iglesia, no podrá dudar que la presente adversidad es debida principalmente á los fraudes y maquinaciones de las mismas sectas. Porque de ellas se compone la sinagoga de Satanás, la cual forma ejércitos contra la Iglesia de Cristo, dá la señal y traba la batalla. Ya hace mucho tiempo que nuestros predecesores, centinelas en Israel, las denunciaron desde el principio á los Reyes y á los pueblos, condenándolas despues una y muchas veces, y Nos

hemos cumplido este deber. ¡Ojalá que hubiesen dado mas crédito á los Supremos Pastores de la Iglesia, aquellos que hubieran podido evitar peste tan pernicioso! Mas ella, introduciéndose por torcidos rodeos, sin desistir de la obra, engañando á muchos con astutos fraudes, llegó por fin á salir de sus escondrijos y á gloriarse de ser ya poderosa y señora. Aumentada inmensamente la turba de asociados, piensan aquellos nefarios clubs habérseles cumplido sus deseos, y que tan solo no han tocado la meta prefijada. Habiendo conseguido alguna vez, lo que por largo tiempo habian deseado con ánsia, de tener en muchas partes las riendas del Estado, válense osadamente de los auxilios de la fuerza y de la autoridad para esclavizar la Iglesia de Dios con durísima servidumbre, arrancar los fundamentos en que estriba, adulterar las divinas señales con que brilla insigne. ¿Para qué decir mas? sacudida con repetidos golpes, derribada, abatida, si posible fuera, la borrarían enteramente del mundo. Siendo esto así, Venerables Hermanos, haced todos los esfuerzos por prevenir á los fieles encomendados á vuestro cuidado contra las asechanzas y el contagio de estas sectas, y apartar de la perdicion á los que, por desgracia, se hayan afiliado á ellas. Y especialmente habeis de mostrar y combatir el error de aquellos que, habiendo sufrido engaño ó procurándole, no recelan todavía asegurar que esos tenebrosos conventiculos tienen tan solo por objeto la utilidad y progreso social y el ejercicio de recíproca beneficencia. Declaradles muchas veces y grabad profundamente en sus almas, las Constituciones pontificias sobre este asun-

to, y enseñad que, no solo están condenadas las Juntas masónicas establecidas en Europa, sino todas cuantas hay en América y en las restantes partes del mundo.

Por lo demás, Venerables Hermanos, pues que atravesamos unos tiempos en que ciertamente insta la ocasion de padecer mucho, pero tambien de merecer, procuraremos sobre todo como buenos soldados de Cristo, no perder el ánimo; antes bien, hallando firme esperanza, en la misma tempestad que nos agita, de futura tranquilidad y de mas claro tiempo para la Iglesia, esforcémonos á nosotros mismos, y alentemos al afligido clero y pueblo, confiando en el divino auxilio, y excitados con aquel nobilísimo comentario del Crisóstomo: «Muchas olas amenazan y terribles tempestades, mas no tememos hundirnos porque nos mantenemos firmes en la piedra; enfurézcase el mar; no puede deshacer la piedra: encréspanse las olas; no pueden sumergir la nave de Jesús.

No hay cosa de mayor poder que la Iglesia. La Iglesia es más fuerte que el cielo. *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.* ¿Qué palabras? *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Si no crees á la palabra, cree á los hechos. ¿Cuántos tiranos intentaron destruir la Iglesia? ¿Cuántas sartenes, cuántos hornos, dientes de fieras y afiladas espadas, y nada consiguieron? ¿Dónde están aquellos enemigos? Han sido entregados al silencio y al olvido. ¿Dónde está la Iglesia? Resplandece más que el sol. Lo que era de aquellos se extinguió; lo perteneciente á

la Iglesia es inmortal. Si cuando eran pocos los cristianos no fueron vencidos, cuando la Religión santa ocupa todo el mundo, ¿cómo los podrás vencer? *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.*

Sin arredrarnos, pues, por ningún peligro, y sin dudar nada, perseveremos en la oración, procurando todos con empeño aplacar la ira del cielo, provocada por las maldades de los hombres, para que por fin se levante el Todopoderoso en su misericordia, mande á los vientos y haga sobrevenir la bonanza.

Mientras tanto, damos con el mayor amor á todos vosotros, Venerables Hermanos, y al clero y pueblo entero que os está encomendado, la bendición apostólica, en testimonio de nuestra singular benevolencia.

Dado en Roma, en San Pedro, día 21 de Noviembre, año del Señor 1873, vigésimo octavo de nuestro pontificado.

PIO, PAPA IX.

LA ADORACION

DE LOS SANTOS REYES.

I.

En la ciudad de Petra, famoso emporio de la Arabia Feliz, se hallaba un venerable anciano cierta noche serena de los primeros días de nuestra redención, contemplando admirado la innumerable multitud de cuerpos celestes que brillaban en el espacio. Aplicado durante el curso de su larga vida al estudio de la ciencia astronómica, muchas veces le sor-

prendió la primera luz de la mañana abstraído en sus observaciones, pero jamás con tanta inquietud, jamás tan olvidado de cuanto le rodeaba como en aquella circunstancia. En vano el pequeño Saffar, su hijo querido, fué á buscarle al terrado de la casa donde se hallaba, encargado por su madre de hacerle volver en sí y recogerse á tomar descanso. Su tierna voz se perdió en el aire sin herir los oídos del viejo. Con la insistencia de un niño mimado tuvo atrevimiento para echar los brazos al cuello del sabio, gritándole al mismo tiempo:

— ¡Padre, padre! vuelve tu vista hacia mí y deja de mirar á las estrellas.

— Espera, hijo mio, respondió el anciano señalando al cielo: ¿ves allá, por la parte de Oriente, una brillante luz?

— Nada veo, contestó el muchacho, después de haber examinado la esfera con atención.

— ¿Has observado bien?

— No tengo duda, padre; sólo descubro oscuridad profunda.

— Vamos de aquí, añadió el sabio confundido: ó mi ciencia es falaz ó estoy reservado para ser testigo del mayor prodigio que han conocido los hombres.

Se cubrió la cabeza con la punta del manto, y, postrado en tierra, esperó la llegada del nuevo día. Entonces dijo á su esposa:

— Mujer, dispon que aderecen mi caballo y acémilas de viaje, carga en ellas algunos perfumes y recibe mi bendición, pues tengo que marchar hacia donde me guía la estrella del Señor.

Era tan grave su aspecto que nadie se atrevió á interrogarle. Partió acompañado de unos esclavos nubienses, y antes

del mediodía se hallaba cercano al oasis de los araceos, donde habia establecido sus tiendas el opulento Gaspar, dueño de muchos rebaños y notable en toda la comarca por su caridad y santa vida.

Encontráronse los dos amigos bajo una palmera silvestre, que sombreaba un manantial de agua viva, y despues de darse paz en el rostro, hizo el viajero relacion circunstanciada del suceso que le traia desvelado, pidiéndole consejo para mejor tranquilizar su ánimo.

—Partamos, respondió el habitante del desierto: á pocas millas de aqui, en el monte Hor, vive un entendido varon natural de Etiopía; ha estudiado en las escuelas de Egipto, conoce los misteriosos escritos de los profetas de Israel, y está en el caso de revelarnos el significado de la resplandeciente luz que turba nuestro espíritu. Yo la he visto tambien, y nadie mas entre los míos; he meditado acerca de ella, y una fuerza interior parece decirme: hijo del hombre, marcha en direccion á los confines de Siria, donde ha nacido el rey de Judá, á quien debes adorar.

Llegaron, en efecto, á la morada de Baltasar el etíope, el cual los recibió cruzando los brazos sobre el pecho, y exclamando al verlos de lejos:

—Ha nacido el Deseado de las naciones, y «los principales de entre los árabes le ofrecerán presentes:» asi está escrito. Vamos, amigos, y adoremos al Eterno, que tal dicha nos proporciona.

II.

Caminaron los tres nobles amigos á través del desierto de Zin, y cruzando la

Idumea pasaron los montes de Judá, para entrar en Jerusalem á preguntar dónde habia nacido el Cristo prometido.

—No sabemos de quién hablais, les decian; sin duda padeceis engaño.

—Hablamos del Rey de los judios, contestaron, cuya estrella hemos visto en el Oriente, y venimos á adorarle.

Al oír esto se conmovió la ciudad y tembló el rey Herodes, colocado en el trono merced al favor de Octavio, y llamado el Grande por su magnificencia y riqueza.

—Mataremos á esos hombres si tú lo mandas, le propusieron sus adulares.

—No se evitaria con eso el fallo del destino, respondió el soberano; averigüemos dónde se halla ese rival de mi corona, y luego le daremos muerte.

Convocó de seguida á los principes de los sacerdotes y á los doctores de la ley, depositarios de los libros santos, y les preguntó dónde habia de nacer el Cristo ó el Mesías.

—Señor, le dijeron, en Bethlehem de Judá, porque dice el profeta: «De tí saldrá el caudillo que gobernará mi pueblo de Israel.»

Al oír esto Herodes llamó á los Magos en secreto, se informó cuidadosamente del tiempo en que se les apareció la estrella, y aumentados sus temores viendo realizados los vaticinios;

—Id, les dijo, á Bethlehem, é informaos con cuidado de todo lo concerniente al Niño, y cuando le hubiereis hallado hacédmelo saber para que yo tambien vaya y le adore.

Oído esto, emprendieron de nuevo su viaje, y hé aqui otra vez la estrella, que

se les habia ocultado y no les abandonó hasta conducirlos al término de su peregrinacion.

III.

En el flanco de una montañuela, sita en las inmediaciones de la ciudad de David, se abria una gruta ó excavacion profunda, donde los pastores de las cercanías acostumbraban resguardar sus rebaños en los ardores de la siesta ó durante las heladas noches del invierno. Allí acudió á refugiarse por aquel tiempo, no habiendo encontrado posada en el pueblo, una santa doncella, purísima como los jazmines de Masfa, bella cual la rosa de Jericó y mas gentil que los lirios del Carmelo.

Al verla caminar, las flores humillaban sus corolas, el aire que rugía entre las ásperas cambronerías se convirtió en blando susurro, y cuando, acompañada de su bendito esposo, se presentó á la entrada de la caverna, las bestias establecidas en ella hicieron ancho sitio con reverente y vanidosa compostura al celestial matrimonio, para que reclinase en el desvencijado pesebre al Criador del universo, nacido al mundo sin mas abrigo que la dulce ternura del regazo maternal y alguna revuelta paja desechada por los mayores del ganado.

¡Suspended vuestra tarea los que vivís sometidos al duro yugo de la pobreza, y, levantando la frente, contemplad por un momento el modelo que os ofrece el Dios único, pues, alentados en el trabajo con tal ejemplo, cesará toda causa de humillacion é impaciencia para llevar la cruz que se os impuso! Y vosotros, á quienes la Providencia ha concedido

bienes suficientes con que atender á las necesidades de la vida, si por acaso hallais alguno de vuestros hermanos poco favorecido en el reparto de la riqueza, guardaos bien de motejarle por ello; mirad que el pequeño Jesús considera en él su propia persona y se complace con los menesterosos como si fueran parte de sí mismo.

Socorredle mas bien, y cuando sus modales bruscos y groseros os causaren justa repugnancia, tenedle compasion, jamás ódio ni desprecio, lamentando su desgracia en no haber tenido quien otra cosa le enseñase. No le imiteis en lo que tenga de reprehensible, como no imitariais los delirios de un loco, pero nunca os sirvan de vanidad las dotes superiores en que le lleváseis ventaja, sino agradeced al Omnipotente la educacion que recibisteis, sin la cual pudierais caer en errores y defectos quizás mas feos y abominables.

A los pocos dias de nacido el Señor, bajaba por el camino de Jerusalem, hácia las fuentes del Cedron, una silenciosa caravana, dirigida por los tres jefes árabes de que venimos hablando. Marchaban los primeros, porque solo para ellos habia vuelto á lucir la misteriosa estrella que descubrieron al principio, y resueltos estaban á seguir el derrotero que les marcara.

Refiere cierta piadosa tradicion que uno de los viajeros era negro. Ningun testimonio irrecusable confirma esta circunstancia, pero se hará bien en creerla, como nacida del amoroso cuidado con que la Iglesia católica acoge en su seno á todos los hombres, de cualquier raza y color que sean. Mas adelante dará la preferencia á los infelices, á los que lloran,

á los que padecen, realizando así desde un principio la verdadera fraternidad, la civilización y el amor entre el humano linaje, que la falsa filosofía ahoga en piélagos de sangre cuantas veces trata de sacar á plaza, como enemiga que es de la religión de Jesucristo, fuera de la cual no hay sólida instrucción ni felicidad cumplida para los pueblos.

Llevarían andadas unas cuantas millas, á tiempo que la estrella detuvo su curso sobre la gruta santificada por la presencia del Hijo Eterno; entónces echaron pié á tierra los favorecidos Magos, y despues de haberla besado se descalzaron humildemente, penetrando llenos de religioso temor hasta la presencia del Dios vivo.

Con fervoroso recogimiento, escasos de palabras y llenos de santa inspiración, le ofrecieron, despues de adorarle, los presentes que bien aderezados conducían en los camellos. Corta fué su cantidad, pues el que bajaba entre nosotros á santificar la pobreza no pudiera admitir grandes presentes, mas eran símbolos de profunda enseñanza. Oro, cual tributo debido al rey de la tierra; incienso, en holocausto á la divinidad, y mirra, en recuerdo de la muerte á que se hallaba sujeto por su naturaleza humana.

Advertidos por revelación superior de las intenciones del monarca Herodes, tomaron diferente camino para regresar á su país.

Un jóven de aquellas cercanías se llegó á ellos en el paso del Jordan.

—Obraís con prudencia, les dijo, en no volver á Jerusalem, porque allí está la muerte para el Niño que habíais adorado.

—¿Quién eres, le repuso el de más

edad, que sabes un secreto de tal importancia?

—Mi nombre es Dimas, y estaba encargado por el amigo del César de espiar vuestros pasos.

—Vente con nosotros, comerás de nuestro pan y reposarás bajo nuestro techo.

—Debo permanecer vigilando la suerte de ese infante recién nacido, ya que fui tan malvado que reclamo salario en contra suya.

—Pero la ira del rey caerá sobre ti viendo que haces traición á sus intenciones.

—Viviré del pillaje, errante y fugitivo. Dios dispondrá de mi suerte cuando sea su voluntad.

—Él te la dé buena y te aparte de la senda del crimen.

Diciendo así se internaron los tres Magos en el desierto, mientras el Buen Ladrón desaparecía por el llano de Jericó.

Dionisio Chauhié.

CRÓNICA.

Hablando Mons. Mermillod al Papa de los grandes esfuerzos de los protestantes en todos los países, Pio IX le respondió: «Tengo el consuelo de ver roto por su base el famoso triángulo protestante, Lóndres, Berlin y Ginebra: en Lóndres restableciendo allí la jerarquía eclesiástica; en Berlin, sosteniendo grandes obras, y en Ginebra, favoreciendo la erección de una iglesia á María Inmaculada.»

Un día que el pequeño ejército pontificio fué presentado á Su Santidad, habló

de esta suerte: «Yo no puedo ceder ni un ápice de las provincias que nos han usurpado. Al fin, abrigo la confianza de que las recuperaremos. Si en tal ocasion no estoy entre vosotros, estará el que se sienta en esta cátedra despues de mí. Simon puede morir, pero Pedro no morirá.»

PALABRAS NOTABLES DE PIO IX. — El duque de Saldanha, embajador de Portugal, antes de partir para su pais, fué á despedirse del Santo Padre, y como era nonagenario, díjole: «¿Quién sabe, santísimo Padre, si tendré la dicha de ver otra vez á Vuestra Santidad?—¿Por qué no? respondió el Papa. ¿Acaso no nos podemos ver sino en la tierra? Podemos encontrarnos en el paraíso. Haced lo posible para ir allá, mi caro duque. Esto os será fácil, y podreis obtener allí un buen lugar si, en el grande cargo que vais á llenar, favoreceis los intereses de la Iglesia en Portugal.»

Hay en todos los puntos de Alemania grande agitacion electoral. El Arzobispo de Munich ha publicado una carta pastoral en la que se ocupa de los deberes que incumben á los electores católicos. En el Palatinado, donde la francmasonería cuenta numerosos adeptos, la causa católica hace todos los dias notables progresos, y la eleccion de los diputados católicos parece allí segura.

El Arzobispo de Posen, Ilmo. Sr. Ledochowski, contestando á las intimaciones que le ha dirigido el Gobierno de Prusia para que dimita su Silla arzobis-

pal, dice que un obispo recibe su autoridad del Papa, y no del poder civil, y que por tanto no dimitirá por mandato del Gobierno. Que únicamente abandonará su Silla si el Papa le manda hacerlo, ó declara que es conveniente que se verifique, por lo que al presente piensa continuar en su puesto.

Los católicos de Wildbad, estacion termal muy conocida, han organizado una loteria que les facilite recursos para terminar la construccion de su Iglesia. Al efecto, han ofrecido billetes á todos los soberanos y hombres de Estado que han residido en Wildbad. El Emperador de Austria, el Rey de Wurtemberg, el Emperador de Rusia, etc., han pagado un gran número de billetes, renunciando no solo la posesion de estos, si que tambien las lotes. Solo hay que exceptuar al emperador Guillermo, que, segun contestacion suya, no podia tomar ninguno, sin duda con el objeto de no desmentir la reputacion de que goza su Real casa.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial misa conventual á las nueve y cuarto. Por la tarde á las tres y media minerva con sermon que predicará D. Vicente Morell, teniente cura de la misma. En Santa María misa mayor á las nueve. En la Virgen de Gracia misa de renovacion á las ocho y media. En las Agustinas á las diez, funcion á la Santísima Faz con sermon que dirá D. José Juliá, capellan de las mismas.

En los demás dias los oficios de costumbre.